

## ***Oración del remanso***

*Por Claudia Chamudis*

Camina hasta el río por los senderitos intrincados que deja el monte. Los espinillos le arañan los brazos. La barranca está de nuevo a punto de rebalsar. Este paisaje que cambia, este río que se repliega y después avanza como un gato al acecho. Las lluvias en el norte permiten que el agua marrón otra vez sea una masa fuerte, pesada. Algunas islas de camalotes van bajando con la corriente.

Se sienta en la orilla. Atrás se escucha lejos el trajinar de las máquinas. Es época de cosecha. Los tractores van y vienen y las semillas que pasan por los tubos imitan el sonido de las gotas. Julio se fue temprano a buscar a los chivos porque anoche no volvieron al puesto y el patrón viene mañana a contar las cabezas de todo. Ella siente en el vientre los movimientos de la bebé, las piernas que se estiran, los talones empujando. Anda nadando ahí, en su propia agüita. Falta poco para que salga.

Cuando nazca la va a traer hasta la costa a la Celestita. La va a traer aunque haya que caminar mucho para llegar. A upa, envuelta en una manta para que el sol no le haga mal, que si se insola las fiebres la pueden llevar cuando se es tan chiquita. La va a traer a conocer aunque sea este río, y le va a hablar del otro, del río ancho cerca del que nació y se crió. Capaz que para las fiestas consigue auto para llevarla hasta allá y que el abuelo la conozca. No le va a gustar a él que sea hembrita, otra desilusión, como cuando nació ella. Ya casi no quedan pescadores, le decía el padre. Si me hubieras salido varoncito... Las mujeres no pescan, le decía la madre cuando ella insistía en subirse a la canoa. Las mujeres preparan las redes, las carnadas, abren la panza de los pescados y les sacan las tripas, los cuelgan en ganchos, lavan la ropa agria de sudor de los hombres, pero sólo ellos tienen derecho de perderse en los caminos que abre el río entre las islas.

Piensa que hubiera sido buena en la pesca. El río le habla y ella le habla al río. Sabe leer los remolinos y los remansos de tanto ponerle los ojos. Sabe distinguir las boqueadas de los peces. Sabe adivinar la trayectoria de los pájaros que bajan a atrapar las mojarritas que nadan apenas bajo la superficie. Y también sabe leer el cielo con su mapa de estrellas para no perderse en el camino de regreso a la costa.

Este río es como un hermanito menor, caprichoso y de humor cambiante. Ahora se anda haciendo el agrandado, pero en unos meses va a volver a ser un hilo barroso que hasta se puede cruzar caminando.

Le contaron que una vuelta, antes de la construcción de los puentes, creció tanto que se derramó por la costa y que tapó animales y árboles y hasta casas. Trata de imaginar el monte todo convertido en lecho, una inmensidad de agua que llega hasta el galpón en el que vive con Julio. Se imagina cocinando con el río hasta la cintura, la Celestita arriba de la mesa, los bagres y los amarillos coleteando entre las sillas, y ella eligiendo el ejemplar más lindo para cocinar. Lo agarraría así, de la cola, lo levantaría a la altura de los ojos, las escamas brillantes y el lomo corcoveando. Con una mano lo sostendría, y con la otra le abriría un tajo con el cuchillito filoso para limpiarlo, ahí nomás, bajándolo un poco, otra vez hasta el agua que ya es parte de su casa. Prendería un fuego bien alto, sobre la mesada de piedra, y sobre el fuego el disco de arado, y ahí nomás echaría el pescado abierto en dos con la carne rosada para arriba, hasta que la piel se dore. Y le daría de

comer a la Celestita así, la carnita deshecha entre sus dedos, carnita rica que consiguió su mamá, la pescadora.